Fuentes de sed

(Microrrelatos)

Por X. Calleja

Ofelia

–¿Sabes la sensación de no pertenecer?¿De no tener raíz?¿De estar como suspendida en una nada con forma aparente, donde la certeza de la no pertenencia te permite observar desde bambalinas una obra de teatro en la que no tienes papel? Porque no hay texto para ti, querida, y si lo hay, está escrito en el idioma de la gente que encaja, la que es adecuada, y tú no lo eres. –dice Ofelia mirando hacia abajo.

Desde el reflejo del charco creado a los pies de la fuente, la otra Ofelia le responde asintiendo. Tras ella, ve moverse la figura desdibujada de una masa de gente. Les escucha reír y maldice que sea una tarde de mayo de temperatura ideal.

Tocan su espalda.

–¿Me ayudas? –dice una niña sin paletas. Ofelia, sonriendo sin darse cuenta, la coge por debajo de los brazos y la acerca al grifo de la fuente.

Bases que cobran vida

Había una vez, una empresa municipal de aguas que convocó un concurso de microrrelatos, con diferentes categorías etarias y geográficas, en el que debía aparecer una fuente de beber agua como elemento obligatorio, es decir, como requisito indispensable para participar en dicho certamen de relatos organizado por la susodicha empresa municipal de aguas, con el objetivo de resaltar ante la ciudadanía la importancia de facilitar a esta misma el acceso al agua potable en los espacios públicos, y, también, por supuesto, no podría ser de otra manera viniendo de una empresa de aguas que instala fuentes de agua para beber, valorar la presencia de fuentes públicas de agua potable (no se habla en ningún momento de agua no potable, o de fuentes para no beber) en lugares en donde se desarrolla la vida de las personas como una apuesta por espacios sanos y sostenibles. Y ganó la gente.

Agua con poderes

—¡La fuente da agua con poderes!

—¡Tequipuí!— respondió Ricardo mientras planeaba cómo acercarse a la fuente para hacerse con un par de carteras.

Y así hizo. Se trajo la cartera del bolso negro de la anciana distraída, el móvil del bolsillo trasero de la chica pelirroja y un paquete de pipas sin abrir. No le hacía ascos Ricardo a nada, que ya le decía su madre la frase ésa de "pa tu casa hasta las piedras". Bebió agua para disimular y corrió calle arriba tras doblar la esquina.

Pero notó la preocupación de la chica por su hermano, el peso de la viudez de la anciana y todas las ganas de comer pipas de los colegas del que había comprado el paquete. Se dio cuenta al instante de que la fuente era mágica, y en el milagro absurdo del reparto de poderes a él le había tocado la empatía.

Sueño meticuloso

El estadístico se pasaba las tardes enteras sentado en un banco bajo la frondosa pérgola de la Plaza de Candelaria, con el único acompañamiento de su libreta de notas y su mochila-casa.

Aquel niño rubio mellado bebió 180 mililitros de agua de la fuente; la joven madre de los gemelos gastó un litro y 350 mililitros llenando globos de agua para sus hijos y sus amiguitos; la muchacha de los gatos llenó un cuenco para su perro con 600 mililitros; Ahmed y Qassim han bebido 100 y 180 mililitros respectivamente; Carmen la Flaca gastó 500 mililitros lavándose la cara y refrescándose.... Anotaba con meticulosidad y rigor, llenando las páginas de medias y medianas, de ponderaciones, de porcentajes con muchos decimales.

Cuando todo quedaba en silencio, se metía en el saco de dormir y se soñaba anotando los mililitros que salían de la fuente desde el balcón de su propia casa.

El monolito sagrado

Cruza la orilla a toda prisa y se precipita contra una muchedumbre atónita. Casi tropieza con un vendedor de latas. Salta por encima de las toallas, de los niños jugando, de un castillo de arena. Hace temblar varias sombrillas.

Ya no tiene frío a pesar de la ropa mojada. La sangre le bulle. Suda. El miedo a fracasar justo ahora le empuja a correr más. Sube al paseo marítimo, que le recibe con sorpresa. La gente se aparta a su paso. Su velocidad, su atuendo y su físico le podrían hacer pasar por deportista, pero su rostro refleja miedo; y sus ojos, esperanza.

Se topa con una fuente de agua. Se detiene. Se arrodilla un instante. Como si lo que tuviera delante fuese un tótem. Un monolito sagrado. Con lágrimas en los ojos, Mamadou Ndour aprieta el pulsador. Bebe. Y bebe. Y da las gracias.

La fuente de sed

Ceremonia de inauguración de una fuente pública. Ambiente festivo y triunfal, excitación y alegría. Muchas personas mayores lloran de emoción.

—Recuerdo cuando de chica jugábamos en la plaza y llenábamos los globos de agua en esta misma fuente.

Otros ancianos también rememoran haber bebido de la fuente en sus años de infancia, cuando funcionaba y daba agua sin pedir nada a cambio. También se recuerdan los años que siguieron, décadas de crisis y privaciones, el día que cegaron la fuente, la culminación de una política de mercantilización de todo lo necesario. Hoy, sin embargo, la gente celebra haber dejado todo eso atrás. Ahora el agua, el pan, el aire, la tierra… todo vuelve a ser de todos.

Junto a la fuente, una pequeña placa en el suelo dice: Acérquense a beber: esta fuente no es de agua, es de sed.

Beber sin temor

—¡Esa fuente hay que cegarla ya! —dice el señor de bigote poblado, ropa cara y periódico bajo el brazo—. ¡Eso es una fuente de contagio y de infecciones!

El perro del vagabundo bebe de la cazuelilla del pie y se sacude el pelaje. Llega una pandilla de niños y niñas a llenar globos de colores. Juegan a tirarse chorros de agua empapándose en risas. La señora mayor tira de su carrito buscando refrescarse. Los niños y niñas le abren paso y el perro se aleja con su dueño sin casa. La anciana bebe con cuidado y se limpia las comisuras con un pañuelo bordado. El grupo de estudiantes conversa alrededor de la compañera que recarga su cantimplora de metal. Nadie lo sabe, pero esa tarde alguien le declarará su amor. Minutos después, en la soledad de los charcos que enmarcan la fuente, un pajarillo se acerca a beber sin temor.

Efectos secundarios

Está fresquita el agua de la fuente. Ha merecido la pena pasar dos noches en cola. Me siento cansada, muy cansada; efectos secundarios, como los de la vacuna inyectable, era de prever. Lab Reprof y su campaña: sólo unas gotas en su manantial. Una pasta para Europa, así son los yanquis. Qué cansada. Y mañana, a quemar la mascarilla... Uju, esa señora... Se parece a Trump... Pobre. Me pesa el alma... Me duelen los ovarios, como si me los arrancaran. ¿Y si me dejo caer en esa escalera? Se me va la cabeza. Aquel niño también tiene toda la cara de Trump, qué grima. Otro escalón. Llego. Qué cansada. Se me resbalan las keys, tengo las manos hinchadas. Pero, ¿qué le pasa al mirror?, ¿este pelo? ¡Mi cara!.. aggh... But... "I will bring back the American dream: bigger and stronger than ever, we will make America a powerful nation again".

Sed

Llegó sedienta y cansada. El tiempo se había hecho un amasijo de terror en aquel tránsito por mar en donde apenas se vislumbraba luz al final del túnel. Fue como un parto poderoso mientras intentaba controlar cada embestida del mar igual que una contracción, aún sin saber el resultado, solo esperando llegar a tierra, solo esperando parir una vida mejor. Lejos de caminos perdidos en mitad de la nada, lejos de serpientes monstruosas con forma de hombre, lejos del hambre, la incertidumbre. Se convirtió en heroína, diosa épica de un viaje incierto aunque nadie lo supo. Solo quién caminó por los mismos carriles, y observó la tierra como un abismo. Cuando encontró la fuente bebió como si no hubiera un mañana. En el paso del agua por la garganta se fueron diluyendo imágenes terribles. Sintió su propio latido y el latido dentro del regalo no pedido, una vida nueva abriéndose camino.